

DE UN DIARIO

ÁLVARO VALVERDE



La mañana habría sido como todas.
La visita anunciada, una de tantas
que vienen a romper de vez en cuando
el apacible ritmo en el que vivo.
Él sería también uno entre muchos
dispuestos a contarme qué les pasa.
No comprendo por qué me hacen partícipe
de problemas tan íntimos
si muy mucho se cuidan
que sólo a ellos afecten.
He observado —ya saben,
la primera impresión es la que cuenta—
que a diferencia de los otros
éste apenas hablaba.
Esa disposición para la escucha
no es habitual entre escritores.
La inútil verborrea
encubre casi siempre una carencia
penosa de verdades.
Se mantuvo en silencio. Fue enunciando
más tarde sus preguntas.
Hablamos de múltiples cuestiones.
A los dos nos preocupan,
como es obvio,
materias casi idénticas;
la poesía, ante todas.
Cuando tuve

la edad que él tiene ahora,
ya había comprendido
que sólo en soledad se alcanza, acaso,
la última razón de las palabras.
Él entendió al verme
que unos pocos libros,
una casa pequeña y en el campo
(sólo aquí hay experiencia
de estar solo), que un bosque
en el linde y abedules
(aquellos que oscilaban irisados
en mi antiguo poema), son bastante
para esperar, acorde, la llamada.
De él he aprendido la limpia claridad
del hombre inmóvil, del que conoce
la potencial capacidad de transformarse
en un cacto, en un árbol o una piedra.
Es alguien que no teme
decir en alta voz que las palabras
de todos los poetas de la tierra
no valen lo que vale
el sonido del agua.
Al bajar —él de espaldas— la colina,
recordé de repente esa sentencia
que al parecer se me atribuye:
“Toda verdad —me dije— es un diálogo”. *es*